

fuerza religiosa é identificársela, Constantino, jefe del Estado, decidió hacer del cristianismo la religión oficial; es decir, hizo, de lo que ya era una fuerza social, una entidad política concéntrica con el imperio: el emperador era ese centro.

IMPERIO CRISTIANO.

(323 á 476.)

I.

DE CONSTANTINO A TEODOSIO.

1.—La Iglesia Cristiana.—2.—Constantino y sus sucesores.—3.—Teodosio y la división del Imperio.—4.—La sociedad romana.

1. *La Iglesia Cristiana.*—La Iglesia cristiana había vivido y crecido, reclamando con admirable tenacidad *la libertad religiosa*; los apologistas, filósofos convertidos que se atrevieron á dirigirse á las autoridades imperiales con sublime valor, hacían de la libertad la substancia de sus razonamientos, que el más elocuente de los padres de la Iglesia, Tertuliano, resumía admirablemente así: *Es de derecho humano que cada cual adore lo que quiera, y es contraria á la religión la coacción en materias religiosas (Ad Scapulam)*. Tal era el programa trazado á la Iglesia en sus días heroicos, absolutamente olvidado después.—Cuando sonó la hora de la paz para la Iglesia, ya quedaban pocos vestigios de la humilde asamblea de hermanos que se reunía en casa del más anciano (presbítero) para oír la correspondencia de las otras iglesias, un fragmento de la biografía de Jesús, distribuirse el pan fraternal y orar (epístola, evangelio, comunión). Un clero poderosamente organizado existía ya; la institución episcopal había progresado y, en pleno imperio pagano, cuando la insensata política financiera de los últimos emperadores hizo imposible la vida municipal, en las poblaciones cristianas los obispos tuvieron de hecho la autoridad. El episcopado mismo se había constituido jerárquicamente, aprovechando las divisiones administrativas del imperio; en las ciudades notables hubo arzobispos, y en Roma, Alejandría, Antioquía y Constantinopla luego, hubo primados ó patriarcas, que fueron los árbitros de los grandes grupos eclesiásticos de Occidente y Oriente; la Iglesia, impregnada de espíritu romano, buscaba la unidad, por eso pudo amalgamarse tan fácilmente con el imperio; por eso pronto el obispo de Roma empezó á ejercer una preeminencia general y una hegemonía completa sobre el Occidente.— Los

sínodos ó concilios provinciales y los generales eran ya frecuentes, y en ellos la Iglesia tomaba conciencia de sí misma y fijaba sus doctrinas; esto era necesario porque las disidencias ó herejías pululaban; fué la más célebre en el siglo IV la herejía racionalista de Arrio, que pretendía que el Cristo no era de la misma esencia de Dios, sino creado por éste. La Iglesia encontró bien pronto su camino en el caos de las doctrinas heréticas: afirmar que Cristo era Dios y que había sido hombre, completo como Dios y completo como hombre; todo lo que de esta doctrina se separaba era *herético*. Además, los libros canónicos del antiguo y del nuevo Testamento quedaron clasificados por los Concilios.—La Iglesia, pues, con todos sus órganos de resistencia pudo sobrevivir á las terribles persecuciones del siglo III y á las de Diocleciano, tan espantosas, que se abrió con ellas oficialmente «la Era de los Mártires.» Todos los martirios anteriores fueron considerados como preliminares del programa universal de persecución de que Diocleciano fué autor. Cuando la persecución concluyó, resultaba que del año 64 al 313, los años de persecución y los de tranquilidad se compensaban; en el siglo III, por veinticinco años de lucha hubo setenta y cinco de paz (Allard).

2. *Constantino y sus sucesores.*—La obra de Constantino puede resumirse así: realizar la unificación de la Iglesia bajo el cetro imperial; dar un centro nuevo al imperio. Para lo primero reunió un Concilio universal (ecuménico) en Nikea, presidido por un delegado suyo, con el objeto de acabar con la herejía de Arrio; el Concilio *ecuménico* proclamó la consubstancialidad del Padre y el Hijo y redactó *un símbolo de fe*, que fué la base fundamental de la Iglesia católica. La herejía de Arrio aun vivió en el imperio, y sus misioneros convirtieron á su cristianismo heterodoxo á la mayor parte de los pueblos germánicos. El mismo emperador cambió de parecer, y al fin de su vida se hizo bautizar por un obispo arriano.—La nueva capital fué Constantinopla, admirablemente situada en la antigua Bizancio, entre Europa y Asia, para atender mejor á la defensa contra los más formidables enemigos que atacaban las fronteras, en el Danubio los Goths y en Siria los Persas. Constantino, que era cruelísimo, hizo perecer á su hijo, luego á su mujer y á varios parientes. Cuando murió en 337 dividió el imperio entre sus hijos Constantino, Constancio y Constante, y reconoció ciertos derechos á sus sobrinos.—Asesinatos, disensiones teológicas, luchas civiles ó con los persas, distinguen esta época; Constancio queda en 353 dueño del imperio; de sus parientes asesinados por su orden, sólo se salva su primo Juliano, á quien da el mando de las legiones del Rhin; éstas proclaman emperador al joven príncipe y lo llevan á Constantinopla en donde ocupa el trono ya vacante por muerte de Constancio

(355). Dos cosas caracterizan el reinado de este hombre notable, filósofo orador y el mejor escritor de su tiempo: su tentativa de convertir al politeísmo en una religión filosófica y monoteística dándole por dios supremo á Mithra (el Sol) y la de substituirlo, como religión oficial, al cristianismo, profundamente odiado por Juliano, porque le atribuía los martirios de su familia y porque profesaba inmensa adoración por la cultura helénica. Por eso los cristianos le llamaron *el apóstata*. Afortunadamente para la Iglesia, el joven emperador, que era un soldado de primer orden, pereció en una campaña contra los persas (363). Su intención errónea era noble; pero su desconocimiento de las necesidades del tiempo fué profundo; el triunfo de los galileos, como llamaba á los cristianos, no era un capricho de Constantino, era una ley de la historia.—Concluída la dinastía de los segundos Flavios, llamados así porque su fundador era Constantino Flavio, un general cristiano, Iovianus, que restauró en su posición triunfal á la Iglesia y murió luego, y en seguida otros dos, Valentiniano y Valens, que se distribuyeron el imperio, quedando este último en Oriente, fueron la obra rápida del ejército. Valentiniano combatió en todas las fronteras; en Bretaña á los Pietos, en el Rhin á los Franks, en las tierras decumates á los Alamans, en el Danubio á los Kuados, en Africa á los Berbers y Mauros; muere en 375. Valens, único emperador entonces, sucumbe en una lucha con los visigodos; estas tribus, huyendo de las invasiones tártaras (los Hunos) que asoman en el Pruth, piden tierras al imperio y Valens los acantona en Pannonia; pero sigue con ellos una política de vejaciones tal, que los obliga á rebelarse, y en un terrible encuentro en Andrinópolis sucumbe el ejército imperial y muere el emperador (378). Los hijos de Valens, Graciano y Valentiniano II, perecieron víctimas de las rebeliones en Occidente; por fortuna se habían asociado de antemano á un ilustre general español, Theodosio, á quien habían dejado el Oriente y que en 392 era el solo dueño del imperio.

3. *Theodosio y la división del Imperio*.—La política de Theodosio fué bien mala; pero quizás las circunstancias no permitían otra. Comenzó por celebrar la paz con los visigodos, transformándolos en un gran cuerpo de auxiliares á las órdenes de su rey Alarik, que recibió un alto título imperial. Luego dedicó todo su afán á consolidar el imperio de la Iglesia ortodoxa, haciéndose el ejecutor de las disposiciones del concilio ecuménico de Constantinopla (381), persiguiendo á los arrianos y ordenando con todo rigor la clausura de los templos paganos. Algunas ciudades se rebelaron; Antioquía, una de ellas, se salvó de una represión terrible, gracias á la intervención elocuente de Juan Khrysóstomo; pero en Tesalónica Theodosio hizo matar siete mil personas. El obispo

de Milán, Ambrosio, el gran enemigo de los politeístas y del Senado de Roma, en donde tantos había aún, lanzó contra el asesino sus anatemas, y á pesar de su ortodoxia lo obligó á hacer en Milán penitencia pública; la Iglesia, apenas triunfante, mostraba que tenía en las manos el modo de sobreponerse á los mismos que compartían con ella el imperio.—El año de 394 Theodosio pacificó el Occidente agitado por los asesinos de los hijos de Valens, y en seguida distribuyó el Imperio: á su hijo Arkadio, de 18 años, dejó el Oriente bajo el cuidado de uno de sus hombres de confianza, Rufino, y al otro, Honorio, le dejó el Occidente, y por tutor (tenía once años) á un oficial bárbaro, valiente y habilísimo, Stilikón. Hecho esto murió en 395. Con esta división del imperio, que fué definitiva, termina en realidad la historia antigua y comienza la Edad Media; para conformarnos con el uso, aun retardaremos la conclusión de la primera hasta el año de 476.

4. *La sociedad Romana*.—Véamos lo que era la sociedad, que tan profunda, pero tan lentamente, va á transformarse. LA ADMINISTRACION. Gracias á una especie de almanaque oficial, redactado por el año de 400 (*Notitia dignitatum et administrationum omnium tam civilium quam militarium, etc.*) conocemos todos los detalles importantes de la administración romana. El emperador es *como un dios presente y corporal*; su familia es sagrada y participa de este reflejo sobrehumano; su casa, compuesta de innumerables oficiales, servidores y esclavos, estaba dividida en militar, gobernada por dos *condes de los domésticos*, y civil, dirigida por el *prepósito de la alcoba sagrada* ó gran chambelán y el maestro de oficios. El antiguo consejo del príncipe es ya el *Consistorio* encargado de promulgar las leyes y asistir al emperador en todo lo administrativo; todos los altos funcionarios eran llamados *ilustres ó clarísimos, perfectísimos, egregios, etc.* Tanto en Roma como en Constantinopla, había Cónsules y un Senado, cargos y cuerpo puramente honoríficos; apenas si el Senado de Roma podía considerarse como el consejo municipal de la ciudad.—El Imperio (que aun es considerado como una unidad dividida en dos partes) está distribuido en cuatro prefecturas (dos en Oriente y dos en Occidente) gobernadas por prefectos del pretorio, que son los segundos personajes del imperio. Estas prefecturas y sus capitales eran Italia (Milán), Galias (Treveris), Oriente (Constantinopla) é Ilyria (Sirmium). Cada prefectura estaba dividida en *diócesis* gobernadas por *vicarios*, y cada diócesis en provincias que formaban un total de 119. El ejército está formado por bárbaros, en su mayor parte, con el nombre de *leti ó federati*. Las funciones civiles preponderan sobre las militares, los ciudadanos se acógen á ellas y abandonan el ejercicio de las armas; así es que cuando los *bárbaros* invasores y los bár-

baros *defensores* se unen, cae el imperio de Occidente. El ejército está mandado por *maestros militares* como Alarik, que tiene á sus órdenes duques y condes. Las *finanzas* parecen administradas con gran regularidad; el *erario sagrado* y el tesoro privado del emperador se distribuyen los ingresos; las fuentes de éstos eran: contribuciones directas (predial, capitación, patentes) é indirectas (alcabalas, 4 por 100 sobre ventas, portazgos y peajes). El monto de los ingresos era de unos 300 millones de pesos; cada municipio hacía sus gastos y además el Estado explotaba por su cuenta varias industrias, mineras y otras, como la fabricación de paños y de armas, y monopolizaba las de la seda y la púrpura. El sistema produjo desastrosos efectos, porque una parte de los ingresos se gastaba en la corte más dispendiosa que hubo jamás (el barbero del emperador tenía veinte lacayos y otros tantos caballos, V. Gibbón, cap. sobre Juliano), y porque el modo de percepción era para agotar toda fuente de riqueza: cada municipio debía pagar un tanto al erario; los *curiales* ó miembros de la curia municipal, que eran los más ricos, debían responder con su fortuna de este tanto. De aquí provinieron dos cosas: horribles exacciones para sacar el impuesto de la población, cada vez más pobre por el abandono de los campos y la falta de comercio, gracias á las incursiones de los bárbaros; resistencia de los ricos á formar parte de las curias; obligados á ello, eran expoliados de sus fortunas; algunos, para huír de este honor, se vendían como esclavos. En vano los emperadores nombraron *defensores de las ciudades* para protegerlas aun contra los agentes del fisco; la corte era insaciable voráGINE y el nuevo cargo sólo aprovechó al prestigio de los obispos que generalmente lo desempeñaban.

La *Sociedad*, como siempre, tenía por base la esclavitud. La jurisprudencia habría llegado á abolirla; la Iglesia, aconsejando la obediencia y la resignación, no sólo no abolió la esclavitud, sino la consolidó; no la Iglesia, sino el espíritu igualitario del cristianismo, minó la esclavitud poco á poco, aunque la suavizó desde luego. Sobre los esclavos estaban *los colonos*, que aunque libres de derecho, no podían desprenderse del suelo que cultivaban; eran de hecho *siervos de la gleba*. La población industrial se dividía en corporaciones reglamentadas, formadas por los artesanos que servían en las manufacturas imperiales y que eran verdaderos siervos en sus gremios, y los artesanos libres, como pintores, arquitectos, médicos, etc.; todo, por supuesto, reglamentado, porque todo estaba sujeto á reglamento en el Bajo imperio, que era un mecanismo y no un organismo; le faltaban cada vez más la espontaneidad, la vida. Más altos estaban los comerciantes y los propietarios, rica clase media, á la que agotó y mató el sistema de recaudación del impuesto que antes indicamos; ellos eran los destinados á *las curias*.—Encima estaba la clase senatorial de los *cla-*

rissimi, e. d., la nobleza. Una distinción general existía en aquella sociedad: la de los pobres, *humilliores*, y los ricos, *honestiores*; no distinción social, sino oficial; los primeros ante la ley civil y penal no eran iguales á los segundos, que gozaban de inmunidades; así, p. e., nunca á los *honestiores* podían imponerse penas corporales. Esta situación explica la inferioridad creciente en los caracteres y la poca resistencia que en el siglo V opuso el Imperio á los Bárbaros.

II

EL IMPERIO DE OCCIDENTE.

(395 á 476.)

1. — Los bárbaros. — 2. — Las invasiones. — 3. — Fin del imperio de Occidente.

1. *Los bárbaros en el siglo V.*—Los romanos llamaban *bárbaros* á todos los habitantes de las poblaciones situadas fuera de las fronteras y á los que, con los nombres de federados, letos, colonos, se establecían en el interior, y que llamados genéricamente *gentiles* ó peregrinos, tenían derecho á la equidad, mientras los de fuera, como *hostis*, estaban fuera de todo derecho.—Dos grupos de bárbaros lucharon desde el siglo III, sin cesar, contra el imperio: en Oriente *los persas* y en Occidente *los germanos* (de *wehr-man* hombre de guerra). Nos ocuparemos en los últimos: en el siglo IV, los germanos, que parecían crecer en fuerza, á medida que más eran vencidos por los romanos, formaban tres grandes grupos distintos: *los Teutones* al Occidente; *los Godos* al Oriente y en el Norte *los Escandinavos*. Como en todos los pueblos, en este período de su evolución, las costumbres eran las mismas; sin embargo, entre la ferocidad de los saxones y la mansedumbre de los burgundios, la diferencia se marcaba ya; entre los gobiernos militares, pero temporales y electivos de los *franks* y la organización monárquica de los *goths*, la heterogeneidad era completa; unos vivían como nómades, otros tenían sus aldeas; pero para todos había una sola religión, la guerrera de *Odin* ó *Wothan*, padre universal, y su hijo Thor, el dios predilecto de los guerreros que habitaban un Eden (*Valhala*), en donde residían las sombras de los bravos recogidas en los campos de batalla por las Valkirias. Los sacerdotes, simples hechiceros entre los teutones, eran los directores y los jueces de los godos, con el nombre de *Ases*, que también se daba á los dioses; las profetizas, *Véledas* ó *Alrunas*, hacían entre ellos gran papel y el culto estaba contaminado con la práctica constante de los sacrificios